

CAPITULO XXXIX

REVISTA DE ENERO

ERA una guapa mujer la que iba á salir de México en los primeros días de Febrero para el interior, con objeto de ir á buscar en el ejército republicano á su marido, amigo ó amante suyo que ejercía funciones de teniente coronel, cuyo proyecto había puesto en conocimiento de nuestro amigo Sebastián Perez, diciéndole:

—Si tiene usted algún amigo ó amigos á quiénes escribirle, puede hacerlo con toda libertad, porque además de que no tengo miedo de ser registrada, llevo en mi petaca objetos en que es imposible que me puedan hallar esas cartas.

Sin embargo de autorización tan amplia, Perez escribió en un papel de seda que redujo á pequeñas dimensiones, lo siguiente:

«Mi muy querido Ernesto:

Comienzo por hablarte de lo que tiene más interés para tí: después completaré mis noticias con otras

sobre la política y la guerra que puedan divertirte.

Por el último paquete de Europa que llegó á México hace unos diez días, se recibieron cartas de Aurora. A la familia le dice que nada más espera ponerse en contacto con alguna familia mexicana ó española para regresar á América. Escribe de Trieste. Ya varias personas que residen en Paris, en Madrid y en Berlín le han ofrecido ocuparse en tal asunto con interés y lo cumplirán; pero la dificultad principal estriba en que no hay ahora quien quiera exponerse á un viaje peligroso sabiendo que estamos en una situación espantosa.

A Leonor le dice que te ha escrito largamente por conducto de tu mamá: ¿has recibido sus cartas? Cuando se fué de México te estuvo escribiendo casi diariamente hasta que se embarcó en Veraacruz. Ya habrán llegado á tu conocimiento por personas de acá ó por algún otro conducto todas las terribles aventuras en que se ha visto envuelta, manifestando un juicio, un valor y una resolución increíbles.

¿Te acuerdas de nuestras tertulias en casa del coronel Cisneros? Pues han seguido casi lo mismo. Al principio del imperio, esto es, cuando el coronel y su mujer fueron llamados á Palacio y tuvieron cargos, casi se extinguieron nuestras reuniones, se pusieron muy estirados, muy orgullosos, muy imperialistas, nos veían por sobre el hombro y no nos llamaban sino pocas veces para que se nos cayera la baba en presencia de sus grandezas. Cuando dieron el *zapotazo*, cuando ya se vió claro que no servían para nada ni siquiera para desarrollar una intriga palaciega, que fué para lo único que se les llamó, volvieron la cara

á sus antiguas amistades y ahora se han empeñado en que nos reunamos cuando menos los días 15 y último de cada mes, casi los mismos de siempre, menos tú que andas por esos mundos desfaciendo entretantos, y menos Aurora también que está convertida en alienista, es decir, en cuidadora de una pobre demente, pues sigue á su lado y no se separará de ella mientras no se venga directamente á México. La enfermedad de una señora que tanto la distinguió con su cariño dice que la ha afectado mucho.

A las tertulias de la familia Cisneros estuvo concurriendo con cierta asiduidad un chambelán de Maximiliano llamado Genaro Lacroix, hijo de padres franceses, quien se interesaba mucho por la bella Aurora. Esta le dió repetidos descolones y ya al último cuando tuvo un rival deslumbrante, el pobre chambelán se eclipsó. Nos informan ahora que anda de capitán en un cuerpo mixto compuesto en su mayor parte de extranjeros.

Pasando á otro orden de ideas debo decirte que el periodismo anda por los suelos: desde que los ministros no tienen un real ya no hay quien quiera defenderlos gratis, de modo que no queda mas que la *Patria* y *El Pájaro Verde*, el primero sostenido por algunos ricos y el segundo por el clero en el que encuentra muchas simpatías el género exaltado y procaz. Yo me he ganado buenos cientos de pesos con unos artículos feroces escritos contra las bandas juaristas que he forjado en el café del Infiernito entre los vapores del aguardiente. Por supuesto que soy republicano, tú sabes que mi ideal es la democracia, que me señalo entre los jacobinos de más renombre;

pero en mis días de *chilla* á todo le pego y he salido del campo de la crítica en que me había refugiado mi pudor político para lanzar las más canallezcas producciones que tú puedas imaginarte. He estado sanguinario contra los mismos míos acosado por el hambre, pero ha sido contra mi voluntad y sin que nadie lo supiera, porque hice que un sacristán apareciera como autor de mis escritos.

Ahora voy á hacerte una ligera reseña de los principales sucesos del mes de Enero que termina mañana.

Maximiliano permaneció hasta el día 3 en Puebla dejándose querer, porque sobró allí quien lo adulara mucho, saliendo ese mismo día para acá en un coche descubierto y tirado por cuatro mulas blancas. Lo acompañaron Márquez (Don Leopardo como le llaman los juaristas), el Estado Mayor de este (pues que ya tiene un lucido Estado Mayor como segundo en jefe del Ejército), el coronel D. Paulino Lamadrid que ha resucitado, el coronel Schafer, el capitán von Groller, Pradillo y sus dos inseparables el P. Fischer y el Dr. Bach, que algunos les llaman una *mancuerna* de Mefistófeles.

S. M. dejó los preparativos hechos: no quiso llegar á su palacio y se alojó en la hacienda de la Teja á donde fueron cientos de imperialistas á rendirle pleito homenaje. Parece que el trabajo más importante de la travesía desde Orizaba á la Teja fué arreglar al general Hermenegildo Carrillo, pues se pasó al imperio con toda su Brigada, dando una proclama contra los americanos.

El Arzobispo Labastida fué con gran pompa á vi-

sitar á Maximiliano y dicen malas lenguas que se han puesto de acuerdo ambos personajes para hacer una campaña en línea, por arriba y por abajo, á cara descubierta y subterráneamente empleando las intrigas y la corrupción contra la causa republicana.

¡Y cosa rara! Mientras el Arzobispo toma cartas en el juego con intrepidez, los ex-ministros Fernando Ramírez, Pedro Escudero y Echanove y Robles Pezuela huyen de la quema. El primero lloró en brazos de Maximiliano y le pronosticó que entre clérigos, conservadores imperialistas y generales ambiciosos, iban á llevarlo al altar de los sacrificios.

Tras este golpe moral Maximiliano recibió otro más positivo: le enseñaron la órden que recibió Castelnau de su soberano el día 1º para que embarcara á la legión extranjera y á todos los franceses y aun paisanos que quieran irse, sin dejar á ningún belga ni austriaco. Dicen que el archiduque se mordió los puños y lloró de rabia exclamando: ¡Infame Napoleón!

Si no fuera por Fischer, por Márquez, por Lares y por tantos que sujestionan á Maximiliano, sin duda que este diría á Castelnau y á Bazaine: «Llévenme con ustedes, yo también soy de los que se embarcan.»

Para distraer su aburrimiento en la Teja y poder disculpar con otra debilidad más su pobre resolución de seguir manteniendo una corona de espinas en la cabeza, convocó una junta de notables ó consejo extraordinario en Palacio que tenía encargo de discutir estas palabras de Bazaine: «Mi opinión hoy, es que S. M. se retire espontáneamente.» Exhortó al Mariscal á que las sostuviera en la reunión y las sostuvo efectivamente; pero lo derrotaron. Sobre todos D.

Alejandro Arango y Escandón les echó una filípica á Napoleón y á Bazaine, que á este último que era el que estaba presente lo dejó temblando. Figúrate si no temblaría: encarándosele le dijo: «Yo en nombre del Monarca ofendido de México, que no tiene la culpa de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado para dirigir á V. E. estas palabras: *Idos, nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro soberano: menos aun por la Iglesia: nada, absolutamente nada por vuestra honra.*»

Como Bazaine estaba allí entre enemigos, salió con la cola entre las piernas quedando resuelto otra vez más por 28 votos contra cinco, que Maximiliano siguiera apurando el cálix; pero este para que la bebida sea menos amarga, dízque la quiere acompañar de un congreso. . . . ¿un congreso á estas horas? . . . ¿de dónde vendría? . . . ¿de qué gente se compondría? . . . ¿quiénes habian de querer formarlo? . . . ¿habría un solo republicano que tomara curul? . . . De repente cree uno que el joven tudesco va en camino del manicomio para hacerle compañía á su interesante esposa.

El gobierno imperialista reforzado por los generales, nuevos consejeros y miembros de la Iglesia, se ha propuesto ser muy enérgico y D. Leonardo Márquez ha dado la señal de las persecuciones mandando aprehender á D. Pedro Garay á quien se le denunció, si no de conspirador declarado, cuando menos de mantener relaciones ocultas con el enemigo: Bazaine sacó entonces la cara por él y les mandó rogar á los ministros y á Márquez que lo pusieran en libertad: le dieron calabazas. Se dirigió luego á Maximiliano

y este lo mismo: le contestó que era necesario dejar obrar á la justicia:—¡Ah! ¿esas tenemos? exclamó Bazaine. Y mandó sin más ni más una columna de infantería y un ayudante con esta órden para el ministro de la guerra: «Entregue usted al portador á D. Pedro Garay ó de lo contrario ocupo el cuartel en que está preso á viva fuerza.»

Maximiliano cedió, naturalmente, y el preso fué llevado al palacio del Mariscal á Buenavista, á aquel Palacio que en mejores tiempos le fué regalado á Bazaine por un príncipe que con tanta facilidad dispuso de lo que nunca fué suyo para hacer obsequios y caridades.

No paró en esto el disgusto que reina entre los altos personajes, sino que hay otro incidente más chusco. El ministro Lares le mandó una comunicación á Bazaine preguntándole cual sería su actitud en el caso de que la ciudad fuera atacada, una vez que los alrededores estaban atestados de disidentes y los franceses no se movían. El Mariscal ha dado un solemne bofetón al ministro mandándole un oficio que termina con este párrafo:

«. . . . por descubrir la carta de V. E. un sentimiento de desconfianza, basado en apreciaciones calumniosas que lastiman nuestra lealtad, participo á V. E. que, en lo sucesivo, *no quiero tener relaciones con ese ministerio.*»

¿Que te parece el sopapo? ¿Cruel, verdad? Pues todavía el triunvirato de los franceses que tiene la bauta, Bazaine, Danó y Castelnau, se los ha dado más fuertes á Maximiliano.

Como por Cuernavaca se apoderó el enemigo de

la casa de recreo del Emperador y de todos los útiles que tenía por allí en sus buenos tiempos para dar ensanche á su felicidad, el coronel D. Paulino Lamadrid se ofreció á ir á recuperarlo todo. Salió con una fuerza, le pusieron una emboscada en que cayó y lo mataron.

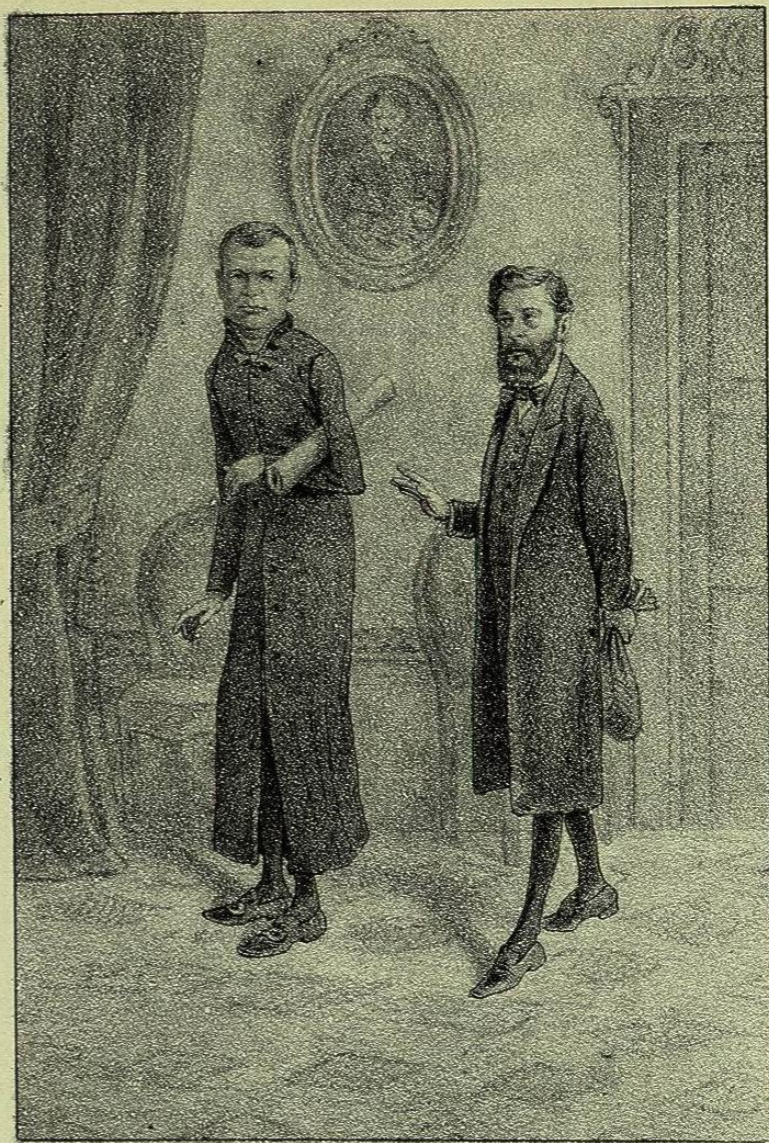
¡Bueno! Se me pasaba decirte que el incidente curioso de Bazaine con los ministros no paró allí, sino que dicho Mariscal escribió un pliego á Maximiliano dándole sus quejas, muy lleno de párrafos como este: «Creo hacerle todavía un servicio al Emperador, procurando ilustrarlo sobre las tendencias y las *insinuaciones pérfidas de una facción*, que reúne pocas simpatías, y cuyos jefes abusan del ascendiente que creen tener, ó de la confianza que han sabido inspirar, para prepararle á V. M. *una era de sangrientas represalias, de dolorosas peripecias, de ruina, de anarquía y de humillaciones sin número.*»

¿Qué tal, eh? Con razón el archiduque se dió por enojado y devolvió la comunicación por irrespetuosa. Bazaine se encogió de hombros y dizque dijo:

—Mejor: procuraré irme con toda mi gente lo más pronto posible y entenderme para el cange de prisioneros y venta de materiales de guerra con los republicanos.

¡Qué se vaya! ¿Qué importa? Le quedan á Maximiliano dos brazos derechos: Fischer y Basch.

Respecto de los sucesos de la guerra ustedes los conocen mejor que nosotros, una vez que por allá anda ya Miramon haciendo sus marchas atrevidas y tal vez dándoles á las tropas republicanas mucho que hacer: aquí los imperialistas aseguran que va haciendo pro-



Que se vaya Bazaine. ¡Que importa! Le queda á Maximiliano, dos brazos derechos; el P. Fischer y el Dr. Basch.

digios y creen que hará trizas á Escobedo como en otro tiempo hizo pedazos á Vidaurri en Ahualulco de los Pinos.

Se dice que Márquez solo saldrá cuando complete seis mil hombres que está organizando á gran prisa, cuyo ejército lo pondrá aparentemente á las órdenes del Emperador, porque siempre el primero será el que dirija la campaña que va á emprenderse. Lo único que falta es el dinero y más ahora que los franceses se han apoderado de todo, hasta de las aduanas interiores. Se asegura que Maximiliano mismo está viviendo de prestado, esto es, de unos diez mil pesos que el P. Fischer le reunió entre varios sacerdotes, con muchos trabajos.

Chico: he dejado para lo último lo más sabroso. Yo estoy bien correspondido por la hermosa Beatriz la prima de tu Aurora: casi todas las noches sale al balcón y platico con ella ó le mando una carta en que le espreso mis apasionados sentimientos, pero sin que pasemos de allí; porque no tengo más perspectiva sino que triunfen ustedes para que me consigan un destino y pueda yo contar con algo seguro. Yo ya se lo he dicho:—Beatriz: no tengo fortuna ni esperanzas de tenerla, ya bien lo sabes, olvídame, déjame, no puedo aunque quiera, casarme contigo.—Pues hijo, me contesta ella, vamos esperando tiempos mejores. Ellos vendrán, y si no vienen, ya sabes que siempre cuentas conmigo. Yo te seguiré á donde quieras y tendré á orgullo comer junto á tí, «pan y cebollas.»

¿Pan y cebollas? ¡Pues ni eso!

Adios, mi querido Ernesto, no necesito firmar, una vez que sabes quien soy y que deseo verte pronto.